

*DEL OTRO LADO.* | por Alfredo Molano Bravo. 2011. Bogotá: El Áncora Editores. 219 p.

ADRIANA GUZMÁN MALDONADO

*Del otro lado* sintetiza las situaciones a las que se ven enfrentad@s l@s colombian@s debido a las diferentes formas de expresión de la violencia armada por grupos legales e ilegales, los cuales interactúan dentro, y a veces fuera, de las fronteras de nuestro país. Para mostrar esto, Molano presenta las historias de vida de seis personajes provenientes de diferentes regiones del país, los cuales, luego de sufrir múltiples desplazamientos y atropellos, llegan a la frontera colombo-ecuatoriana en búsqueda de una resistencia cultural para combatir el destierro y armar las combinaciones necesarias para sobrevivir. Sin embargo allá, *del otro lado*, también les llega la violencia.

La lucha antinarcoóticos desplegada por el Estado colombiano en las últimas décadas ha causado múltiples atropellos, principalmente porque la coca monopolizó las relaciones sociales y comerciales de muchas regiones del país, pues “Hasta los dueños de trapiches se vieron obligados a trabajar en coca porque nadie quería oír de cañaduzales ni pailas ni de moliendas” (184). Por tanto, l@s colombian@s se ven involucrados directa o indirectamente en este negocio altamente lucrativo. Como nos dicen los personajes: “La coquita es el pan nuestro de cada día, así no la cultivemos ni con la mano la toquemos” (148), o “A todos nos perjudicaba la fumigación de la coca porque se vivía de eso” (172).

Y los que no viven de eso también se ven afectados. Este es el caso de Mariana, una indígena siona cuyas chagras fueron fumigadas. Encuentra refugio temporalmente donde los sionas ecuatorianos, pero de allá también es desplazada a causa de las acciones de una empresa petrolera. Luego de esto, regresa a Colombia y se instala en una comunidad multiétnica, pero “Ya no hay chagra común [...] ya cada cual va jornlear donde consiga” (75). Con este relato, Molano muestra cómo la guerra en Colombia ha disgregado a los pueblos indígenas y sus costumbres.

La historia de los otros personajes también atestigua su involucramiento involuntario en el conflicto. Por ejemplo, Demetrio es un personaje que se encontraba al margen del conflicto pero se vio forzado a huir porque tuvo

problemas con el ejército, cuando este instaló su base justo en el camino que él había abierto para sacar madera. Fue entonces amenazado y tuvo que irse a Puerto Nuevo, Ecuador, antes de que lo desaparecieran. Pero allá, *del otro lado*, también le llega la guerra, pues un tiempo después Puerto Nuevo es bombardeado por el ejército colombiano.

Rosita es un personaje que trabaja en una estación de gasolina y es acusada de colaborar con las FARC. A pesar de que no le pueden comprobar esto, se la llevan y la nombran alias *La Mona*, pues “Los militares tienen que mostrar que trabajan, que hacen cosas delicadas, que les echan mano a grandes cabezas” (211). Luego de endeudarse para salir de la cárcel, tienen que huir al Ecuador porque sigue en la lista negra de gente a *desaparecer*.

Nury es una defensora de los derechos humanos que colabora con las asociaciones campesinas en su lucha y por tanto es perseguida. Esta historia deja claro el nexo entre el ejército y los paramilitares en los llamados *falsos positivos*. También muestra cómo las estadísticas presentadas por el gobierno sobre los muertos en combate son falsas: “según el Gobierno, hubo veintiséis muertos y catorce desaparecidos; según la gente, más de trescientas personas fueron asesinadas” (144). Nury da detalles de las prácticas sanguinarias utilizadas para las desapariciones: “A unos los mataban a rafagazos; a otros a culata; a otros les sacaban la lengua [...] y a todos los abrían del escapulario hasta la raíces para que no flotar al botarlos al río” (143). Su discurso es claro; se refiere a los guerrilleros como los “guerreros” y al ejército como “la chulamenta”.

El Maromero es un personaje que intenta trabajar en un negocio del *buen obrar*, vendiendo el sombrero sandoneño original, que se empezó a fabricar de nuevo, pues gracias a la “coquita” la gente tenía plata para comprarlo. Le iba bien “hasta que al Gobierno le dio por fumar la coca. Fumigue y arruine gente; fumigue y obligue a salir” (184). Luego de mucho andar y rebusque, termina en Ecuador implementando el negocio de la *gota a gota*, legalmente llamado extorsión o usura.

Como vemos, todos los personajes pueden ser catalogados como *hijos de la violencia*, como uno de ellos, El Abeja, se autodenomina. Estas personas han terminado en zonas cocaleras en búsqueda de oportunidades de empleo, ya sea en este negocio o en otro. El precio a pagar es vivir al filo del conflicto armando entre el ejército, los narcos, los paramilitares y la guerrilla; de allí que a la llegada de algún tipo de desacuerdo con estos, su única opción es

desaparecerse antes de ser desaparecidos. Así llegan al *otro lado*, el cual está más poblado por colombianos que por ecuatoriano, pero este lugar funciona únicamente como refugio temporal, pues la soberanía ecuatoriana ha sido violada por Colombia en repetidas ocasiones.

Colombia no ha tenido en cuenta ni calculado los costos sociales de la guerra y la lucha antidrogas. Las fumigaciones no han acabado los cultivos, pues como nos cuenta El Abeja, hace tiempo los cocaleros descubrieron la manera de protegerlos contra el veneno: aplicándoles melaza. Esto sugiere que las fumigaciones se realizaban únicamente para cumplir con los Estados Unidos, con las políticas antinarcóticos y continuar con la guerra, que al parecer es un negocio igualmente lucrativo al de la coca.

Me parece interesante cómo este libro desnuda la campaña mediática que ha utilizado el Estado para presentar resultados a la opinión pública que justifiquen el alto presupuesto que detenta Colombia en la industria de la guerra y la manutención del ejército regular, así como los créditos políticos que se devienen de estos casos, como en el caso de Rosita.

Molano logra describir muy bien la realidad que vive gran parte del pueblo colombiano que se mueve entre lo legal, lo ilegal, lo alegal y lo legítimo. Entonces, deberíamos preguntarnos si es justo que tilden a much@s colombian@s de narcotraficantes, siendo que el Estado y la violencia armada los ha empujado a una correría por tierras baldías sin ningún tipo de apoyo. Lo que sí podemos pensar es que si se eliminara de raíz todo tipo de actividad económica al margen de la ley, el colapso social derivado produciría una crisis de gobernanza sin precedentes, que podría poner en peligro las bases de nuestro Estado republicano que la élite política ha construido en 200 años de ejercicio aparentemente democrático.